

La necesaria audacia en tiempos de coronavirus

MIRIAM LANG

El impacto socioeconómico de la pandemia de coronavirus ha puesto en primer plano las características de la globalización. Miriam Lang, profesora del Área de Ambiente y Sustentabilidad de la UASB-E, hace un detallado análisis sobre las condiciones de la pobreza que han sido puestas en evidencia en este nuevo contexto y las consideraciones audaces a tener presente para el futuro.

Cada día me despierto, incrédula, a corroborar si todo esto está ocurriendo. El mundo está de cabeza. Las formas de organización económica y social que marcaron las últimas décadas parecen haber sido canceladas en pocas semanas; los dogmas que hegemonizaron los discursos, ampliamente refutados. Ya nadie afirma que la salvación está en los mercados. Al contrario, hasta el equipo editorial del *Financial Times*, órgano de los mercados financieros, llama a fortalecer los servicios públicos, a combatir la desigualdad con redistribución, a cobrar impuestos sobre la riqueza y a introducir una renta básica universal.¹

El COVID-19, engendro zoonótico de la penetración agresiva de la selva promovida por la agricultura industrial y el extractivismo, en buena medida ha parado la globalización neoliberal. Grandes sectores de la economía capitalista se encuentran fuera de uso o parados: los hoteles, los aviones, los cines y casinos, la producción automotriz. Quedó al descubierto

“

Las formas de organización económica y social que marcaron las últimas décadas parecen haber sido canceladas en pocas semanas.

”

la extrema fragilidad de las sofisticadas cadenas globales de producción que optimizaban costos sacrificando derechos laborales y de la naturaleza.

La economía ecuatoriana, basada en la exportación de grandes cantidades de materia prima, el llamado *extractivismo*, se desplomó en caída libre, con precios negativos para el petróleo, mientras que los sectores florícola, bananero y cacaoero quedaron sin demanda en los mercados internacionales. En tiempos de COVID-19, hasta la relación histórica de saqueo entre las periferias y los centros del sistema-mundo parecería estar suspendida.

¹ The Financial Times, «Virus Lays Bare the Frailty of the Social Contract». *The Financial Times*, 3 de abril de 2020. <<https://www.ft.com/content/7eff769a-74dd-11ea-95fe-fcd274e920ca>>.



COLONIALIDAD PERSISTENTE

No obstante, la colonialidad que estructura este sistema-mundo persiste en la enorme asimetría de los márgenes de maniobra que tienen los países para enfrentar la crisis, según su posición geopolítica y geoeconómica; en la liquidez de los Estados para armar paquetes de rescate a sus economías; en las capacidades de producción de insumos médicos; y en el acceso a tecnología. Mientras la Federal Reserve de Estados Unidos simplemente imprime trillones de dólares y el gobierno alemán desembolsa un primer paquete de 500 000 millones de dólares para compensar las pérdidas de las empresas —incluidas las pequeñas y medianas y los trabajadores por cuenta propia—, Ecuador carga con el peso de una deuda de más de 50 % de su PIB. Pero hay quienes están aún peor. En Nigeria, por ejemplo, ni siquiera existe un registro civil que permita contabilizar el impacto del virus. En los suburbios de Lagos, gran metrópoli petrolera y financiera del oeste africano, la gente tiene, en promedio, un metro cuadrado de vivienda a su disposición.

En muchos lugares del Norte global, la ilusión de siempre estar del lado agradable de los acontecimientos que ocurren en el mundo, y de tener derecho a ello, de algún modo, se está derrumbando. Hasta Nueva York, una de las ciudades más ricas del planeta, se ha convertido en ojo del huracán.

Pero la realidad es que no todos estamos en esto por igual. No todos somos iguales ante el virus. La incidencia de mortalidad o de los efectos colaterales de la enfermedad son proporcionales a las desigualdades que las sociedades humanas hemos dejado crecer en el pasado. Los efectos directos e indirectos del COVID-19 tienen fuertes sesgos de clase, raza y género, además del geopolítico. Hasta enfermarse en un país como Alemania sigue siendo un privilegio. También, en el drama de la pandemia, unas vidas valen más que otras. Europa se estremeció ante la selección que se hizo en los hospitales italianos de quién sería salvado y a quién se dejaría morir. Pero en el mundo que hemos construido, la edad es solo uno entre



© Adriana Pozo V.

muchos factores que llevan a que ciertas vidas humanas se consideren sacrificables.

UN SIMULACRO DE CONTROL

El momento que vivimos está marcado por una incertidumbre y un dinamismo extremos. El intento de analizar y fijar en palabras algunos de sus aprendizajes corre inevitablemente el riesgo de que lo que parezca importante hoy sea desplazado en poco tiempo.

Las cifras que se nos brindan a diario son apenas un simulacro de información, generan la ilusión de que algo está bajo control, tanto a escala global como nacional: los mapamundi de contagios, los diagramas comparativos de curvas de contagio, necesariamente equiparan maneras muy distintas de medir y contar que rigen en los diferentes países según las decisiones políticas, pero también según las posibilidades financieras y tecnológicas. En algunas naciones se hacen muchísimas pruebas, llegando a una aproximación más real de lo que sucede, mientras que en otras, dichas pruebas casi no existen y solo se contabiliza a las personas con síntomas fuertes, dejando de lado a la gran mayoría de los contagiados asintomáticos o con síntomas leves.

Sin embargo, a falta de otras, con base en estas representaciones altamente distorsionadas se toman las decisiones políticas, con un alto grado de experimentación, a veces con resultados catastróficos, como en los casos de Nueva York o Guayaquil. En países como Ecuador, el manejo accidentado y la manipulación de las cifras son muy evidentes, llevando a contradicciones grotescas, por ejemplo, entre la cantidad de defunciones totales extraordinarias en Guayas y el número de víctimas declaradas de COVID-19. Otros disimulan mejor el enorme desafío que este virus, que se propaga clandestinamente, plantea incluso a nuestras formas de conocer más habituales. En palabras de Rita Segato: «El virus da fe de la vitalidad y constante transformación de la vida, su carácter irrefrenable. Demuestra la vitalidad de la naturaleza, con nosotros adentro de ella», desafiando el proyecto histórico eurocéntrico de dominar, cosificar y controlar la vida.² Nada está bajo control. Por otro lado, precisamente por esto, en la situación actual parece necesario colaborar a nivel global en la búsqueda de curas o vacunas, compartir lo que se aprende y hacer accesibles públicamente las investigaciones que se están llevando a cabo, como lo hace China.

NO HAY VUELTA ATRÁS

Mientras muchos actúan como si esta crisis fuera pasajera, con una duración de algunas semanas o meses, y pretenden prepararse para la pospandemia, no hay ninguna certeza de que tal época existirá. La OMS advierte que aún no se sabe si haber pasado por el contagio con coronavirus garantiza realmente la inmunidad. Otros indican que mientras no se cierren los mercados de animales silvestres en China y no se deje de destruir sus hábitats, otros virus iguales o más peligrosos inevitablemente seguirán al COVID-19, de la misma manera que el SARS, el MERS, el ébola o el sida lo precedieron.

Quienes pretenden un pronto «retorno a la normalidad» pasan por alto que el mundo en el que vivimos hoy ya no es el mismo que el de inicios de año. Que no hay vuelta atrás. Y que todo indica que fue precisamente lo que considerábamos normal lo que causó esta crisis sistémica multidimensional. Una civilización que estableció como sus principios rectores el individualismo competitivo, la apropiación, la explotación, la dominación y el control. Que despreció a los pueblos preocupados por la reciprocidad, la colaboración, la redistribución y la interdependencia y los catalogó como primitivos, atrasados, subdesarrollados. Que acató el «derecho a la propiedad privada» por encima de todos los demás. Que permitió que estos principios

² Rita Segato, «Coronavirus: Todos somos mortales. Del significante vacío a la naturaleza abierta de la historia». *Lobo suelto*, 19 de abril de 2020. <<http://lobosuelto.com/todos-somos-mortales-segato/>>.



“

Mientras muchos actúan como si esta crisis fuera pasajera, con una duración de algunas semanas o meses, y pretenden prepararse para la pospandemia, no hay ninguna certeza de que tal época existirá.

”



rectores también dieran forma a su manera de relacionarse con la naturaleza, concebida como un infinito almacén de «recursos», en lugar de reconocerla como un sistema vital complejo del que somos parte.

Las élites que este modelo ha engendrado tienen serias dificultades para interpretar el momento. Sus propuestas pertenecen, ya sin disimulo alguno, al ámbito de la necropolítica. Presionan con impaciencia para reanudar los negocios, aunque sea sacrificando la población vulnerable, como en Estados Unidos. En Ecuador, la única respuesta que se encuentra al desplome del modelo extractivista es más de lo mismo: la intensificación y expansión de la extracción, devastando aún más los territorios que sostienen la vida brindando alimento, agua y biodiversidad, y contraer más deuda. Siguen atrapados en la cantaleta neoliberal del «no hay alternativa», lo que reduce su imaginación a los tres dogmas de la economía neoclásica que el coronavirus ha desactivado: hay que generar crecimiento económico, hay que exportar y hay que atraer inversión extranjera. Insisten en confundir el bienestar de «la economía» (capitalista), que se expresa en cifras macroeconómicas abstractas y simplificadoras, con el bienestar de las personas y comunidades.

EL DEVENIR DE LA POBREZA

Estamos —así dicen los economistas— ante una recesión económica de dimensiones históricas, más grande que la de 1929. Mientras millones de personas están perdiendo sus empleos formales, el 60 % de la población económicamente activa que, según la OIT, trabaja en la economía informal, sin derechos ni garantías, está expuesta al virus y al hambre al mismo tiempo. En América Latina, 60 % de este grupo son mujeres.

Desde la declaración de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) en el 2000, las instituciones globales se han empeñado en construir una narrativa de disminución de la pobreza global, en el afán de seguir abonando la ilusión de que el modelo de crecimiento económico infinito lleva al bienestar de todos y todas, en una historia de progreso lineal. Simultáneamente, no solo se ha acentuado la desigualdad en el mundo de manera escandalosa, mediante todo tipo de procesos de expropiación que producen pobreza constantemente, sino que también se ha desplegado el desastre ambiental causado por el sobreuso y la devastación de los ecosistemas.

Multimillonarios como Bill Gates refuerzan gustosos esta narrativa que legitima la concentración de la riqueza en sus manos, divulgando en sus redes gráficos acerca de cómo el capitalismo, desde 1820, ha contribuido continuamente a reducir la pobreza mundial. Estos esquemas, según voces críticas como la de Jason Hickel de la London School of Economics, además de no contar con un sustento de datos serio, narran más bien la historia de cómo gran parte de la población mundial, que hasta la segunda posguerra vivía fundamentalmente de la tierra, de la autoproducción y de la reciprocidad con su entorno, ha sido expropiada forzosamente de sus medios de vida para incorporarse a los mercados capitalistas.³ Claro, si la pobreza se mide solo en dinero, y no en tierra fértil, bosques, biodiversidad, se impone una lectura de bienestar que conviene a los grandes capitalistas.

Hickel demuestra también cómo desde los ODM, las metodologías de Naciones Unidas para representar la pobreza mundial estadísticamente fueron ajustadas varias veces hasta arrojar el resultado deseado.⁴ La gran ilusión del desarrollo y de la constante mejora del

“**Las élites que este modelo ha engendrado tienen serias dificultades para interpretar el momento. Sus propuestas pertenecen, ya sin disimulo alguno, al ámbito de la necropolítica.**”

3 Jason Hickel, «Bill Gates Says Poverty is Decreasing. He Couldn't be More Wrong». *The Guardian*, 29 de enero de 2019. <<https://www.theguardian.com/commentisfree/2019/jan/29/bill-gates-davos-global-poverty-infographic-neoliberal>>.

4 Jason Hickel, «The True Extent of Global Poverty and Hunger: Questioning the Good News Narrative of the Millennium Development Goals», *Third World Quarterly* 37, n.º 5 (2016): 749-67.



estado del mundo, que de alguna manera constituya la razón de ser del Sistema de Naciones Unidas, no podía terminar.

Ahora los pronósticos son a la inversa. Según Oxfam, si no se toman medidas drásticas, tras la pandemia más de la mitad de la población mundial podría vivir en condiciones de pobreza monetaria.⁵ Según estimaciones de la CEPAL, tan solo en América Latina y el Caribe 30 millones de personas más vivirían sin un ingreso mínimo, y sin tener parcela, huerta, chacra o bosque de donde sostenerse. Pobres, efectivamente. El capitalismo vuelve a escupir de golpe todas estas poblaciones que se empeñó en ingerir a lo largo de décadas; las personas que «incluyó» en los mercados, que sacó de sus economías campesinas y de subsistencia para transformarlas en consumidores urbanos, en dependientes del ingreso en dinero, capaces de endeudarse y de ser exprimidos para el beneficio de otros, aunque sea un poco.

Para paliar las consecuencias que podría acarrear semejante ola de pobreza, más y más voces, incluyendo al presidente francés Emmanuel Macron o la Conferencia de las

Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), hablan de la necesidad de una gran redistribución de Norte a Sur, de condonar la deuda, de un nuevo Plan Marshall como aquel que permitió reconstruir a Europa después de la Segunda Guerra Mundial. En palabras de Richard Kozul-Wright, Director de Estrategias de Globalización y Desarrollo del UNCTAD:

Las economías avanzadas han prometido hacer «lo que sea necesario» para evitar que sus empresas y hogares sufran una gran pérdida de ingresos. Pero si los líderes del G20 deben cumplir con su compromiso de «una respuesta global en el espíritu de solidaridad», debe haber una acción proporcional para los 6000 millones de personas que viven fuera de las economías centrales del G20.⁶

Ojalá que estas propuestas se impongan. Ojalá se consiga, al menos, una tajada de reparación histórica por el colonialismo y el ininterrumpido drenaje de recursos de Sur a Norte.

5 María José Agejas, «El coronavirus podría sumir en la pobreza a 500 millones de personas más». *Oxfam*, 9 de abril de 2020. <<https://www.oxfamintermon.org/es/nota-de-prensa/coronavirus-podria-sumir-pobreza-500-millones-personas>>.

6 Larry Elliott, «UN calls for \$2.5tn Emergency Package for Developing Nations». *The Guardian*, 30 de marzo de 2020. <<https://www.theguardian.com/world/2020/mar/30/un-calls-trillion-emergency-package-help-developing-nations-coronavirus>>.



Sin embargo, es necesario tener presente que esta deuda histórica de los centros con las periferias, de las élites mundiales con los pueblos, tiene muchas más dimensiones que el dinero. Hoy más que nunca la redistribución requerida abarca la tierra, el agua, el acceso a las semillas y a los medios materiales para la reproducción de la vida.

Mucho se habla de la relocalización de las cadenas de producción alimenticia. La soberanía alimentaria se convierte, en tiempos de COVID-19, en un asunto de sentido común y, para muchos, de sobrevivencia. Los imaginarios se invierten. Las grandes ciudades ya no son el lugar del éxito, del brillo, del consumo desenfrenado en rimbombantes centros comerciales. Más bien, se han convertido en trampas, en lugares donde el hacinamiento se vuelve mortal. Ahora destacan los campesinos y las comunidades indígenas que llegan con caravanas de camiones con papas, habas, plátano y arroz a ciudades como Riobamba o Guayaquil, para ayudar a sus hermanos ciudadanos. El campo se ha tornado en un lugar de refugio al que regresan los que pueden, huyendo de esta trampa de confinamiento o contagio en las que se han convertido las grandes urbes. Se reactivan la autoproducción, las huertas familiares, el trueque entre vecinos y comuneros. Pero para que pueda prosperar la soberanía alimentaria, es fundamental reestructurar la propiedad de la tierra y reconstruir las soberanías territoriales, incluyendo, como se ha hecho exitosamente en varios lugares de Europa desde hace algunos años, la introducción de monedas locales para estimular los circuitos de producción y consumo de cercanía.⁷

Las crisis, nos recuerda Maristella Svampa, generan movimientos de liberación cognitiva, es decir que vuelven «viable y posible aquello que hasta hace poco era inimaginable».⁸ Se abrió la posibilidad de pensar más allá de la doctrina neoliberal. En Europa, parlamentos

aprueban medidas que antes eran satanizadas como «socialistas». Expertos en finanzas y gobiernos conservadores abogan por la nacionalización de empresas estratégicas, con el fin de protegerlas de adquisiciones hostiles. Ministros de finanzas simplemente anulan la doctrina de austeridad. El Fondo Monetario Internacional llama a los gobiernos a introducir impuestos sobre el patrimonio. Todo, absolutamente todo, parece posible. Desde el escenario más espeluznante hasta el más esperanzador. Y como siempre, el resultado dependerá de nosotros.

“**Las grandes ciudades ya no son el lugar del éxito, del brillo, del consumo desenfrenado en rimbombantes centros comerciales. Más bien, se han convertido en trampas, en lugares donde el hacinamiento se vuelve mortal.**”

”

De que no esperemos que se «normalice» la vida para reconstruir nuestras formas de participación, para intervenir en los cambios que ya están ocurriendo, en presente. De que innovemos nuestras maneras de construir voluntad colectiva, debate público y presión política, aunque estemos sometidos al distanciamiento social y la hipervirtualización. De que no permitamos que la crisis sea un nuevo escenario para la doctrina del *shock*, que se exacerbén los nacionalismos, que se hagan experimentos médicos para curas o vacunas con humanos en África o Haití, o que se reduzcan regulaciones ambientales necesarias para garantizar un futuro. De que no dejemos la cancha de la solidaridad a las grandes cadenas de supermercados,

7 José Mayoral, «Monedas locales: una vacuna social contra las “epidemias” financieras». *El Salto*, 6 de mayo de 2018. <<https://www.elsaltdiario.com/la-otra-cara-de-la-moneda/monedas-locales-una-vacuna-social-contra-las-epidemias-financie>>.

8 Maristella Svampa, «Reflexiones para un mundo postcoronavirus». *Nueva Sociedad*, abril de 2020. <<https://www.nuso.org/articulo/reflexiones-para-un-mundo-post-coronavirus/>>.

que buscan monopolizar hasta los paquetes de alimentos para los más vulnerables. De que no permitamos que medidas como una renta básica universal, tan necesaria en un mundo que se aferra a vincular el seguro social al empleo formal, mientras este se contrae desde hace décadas, se discuta solamente en los países del Norte. Esta vez, las justicias social y ambiental deben ser para todos y todas.

La crisis del coronavirus deja al desnudo las graves debilidades y perversidades del *statu quo ante*. Invita al cambio de paradigma, a la transformación sistémica. Coloca lo público y lo común por encima de lo privado lucrativo. Sitúa, al fin, las actividades de cuidado en el lugar de donde nunca debieron haber sido desplazadas: en el centro de la vida social y económica.

¿Cómo logramos hacer perdurar estas prioridades? ¿Cómo podemos expandir el nuevo sentido común, de que hay que cambiar profundamente nuestros hábitos para prevenir el COVID-19, hacia la prevención de las otras «pandemias» que también amenazan la vida? Son pandemias que no hemos podido enfrentar en décadas por falta de «voluntad política» o por inercia social. En la actualidad, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), anualmente el cambio climático ocasiona 150 000 muertes.⁹ A partir de 2030, se calcula que aproximadamente 250 000 personas morirán en el mundo anualmente a causa del calentamiento global.¹⁰ Al mismo tiempo, según la misma OMS, cada año mueren, en promedio, 1 350 000 personas en accidentes de tránsito causados por el irracional modelo de movilidad basado en automóviles individuales, que a su vez contribuye fuertemente al cambio climático.¹¹

Los patrones de producción y consumo, los imaginarios de deseo y las rutinas compartidas que están en la raíz de esta hecatombe, desde su surgimiento, nunca han sido tan profundamente sacudidos como hoy. Es hora de emprender cambios audaces, colectivamente, en medio del dolor y del miedo.



“
Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), anualmente el cambio climático ocasiona 150 000 muertes. A partir de 2030, se calcula que aproximadamente 250 000 personas morirán en el mundo anualmente a raíz del calentamiento global.

”

9 The Health and Environment Linkages Initiative, «Climate Change». *World Health Organization*. <<https://www.who.int/heli/risks/climate/climatechange/en/>>.

10 Rachael Rettner, «More Than 250 000 People May Die Each Year Due to Climate Change». *Live Science*, 17 de enero de 2019. <<https://www.livescience.com/64535-climate-change-health-deaths.html>>.

11 World Health Organization. «Road Traffic Injuries». *World Health Organization*, 7 de febrero de 2020. <<https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/road-traffic-injuries>>.